Capítulo 1

Los cambios en las formas de la protesta social

Aunque el término Argentinazo, con el que se denomina la insurrección del 19 y 20 de diciembre, remite a los levantamientos de los sesenta y setenta, de los que el Cordobazo fue precursor y punto obligado de referencia, encubre cambios de fondo y de larga duración en las formas de lucha de los trabajadores. La insurrección de diciembre tiene escasas similitudes con las movilizaciones que periódicamente realizaron los trabajadores desde 1969 hasta poco antes del golpe de estado de 1976. El corte que supuso el golpe marca una inflexión: en los ochenta retornan los tradicionales métodos del movimiento sindical (paros, huelgas, manifestaciones y concentraciones para negociar en mejores condiciones), pero ya no tendrán ni la eficiencia de antaño ni la capacidad de entusiasmar a los nuevos actores que fueron ingresando inadvertidamente al escenario de las luchas sociales, en particular las mujeres y los jóvenes. Los cambios en las formas de acción social revelan la transición hacia movimientos de nuevo tipo, que presentan rasgos irreconocibles a la desgastada mirada estructural e institucional, en una sociedad que sufrió profundas transformaciones socioculturales, económicas y políticas.

Los movimientos sociales se nos hacen visibles a través de la estela que va dejando su acción. Esa estela son sus formas de lucha; pero como toda estela, es engañosa: su forma, su textura, su trama interna y su visibilidad cambian según pasa el tiempo, el lugar de observación, el tipo de mirada y el tiempo durante el cual la mantengamos. Las formas de lucha son, sin embargo, una de las claves para comprender los movimientos, incluso para acercarnos, enamorarnos e involucrarnos con ellos. De las diferentes facetas públicas de un movimiento (programa, declaraciones, congresos), los métodos que emplea son lo que permite inferir más claramente ante qué tipo de movimiento nos encontramos, cómo quiere conseguir sus propósitos y cómo es el tipo de sociedad a la que aspira.

Abordar los movimientos sociales desde las formas de lucha tiene una ventaja adicional: es un terreno en el cual no existe el doble discurso. Los hechos sociales que produce un movimiento son únicos, aunque admiten diversas interpretaciones. Pero son hechos, irreversibles por lo tanto, que a diferencia de las declaraciones públicas y de los programas, no esconden intenciones. Siempre es preferible analizar y juzgar algo por lo que es y no por lo que dice o cree que es.

Suele pensarse que cada sector social movilizado emplea formas de lucha propias y diferenciadas del resto, como parte de una identidad definida e inmutable. Quizá esto funcione a una escala pequeña y en los

períodos de escasa actividad del movimiento social, cuando la acción es local e incipiente, pero no así cuando amplias porciones de la sociedad se ponen en movimiento. En estos casos, como en la Argentina de la segunda mitad de la década de 1990, la movilización social toma cuerpo en formas de acción que tienden a entrelazarse, involucrando a muy diferentes sectores sociales. Tirando del hilo de los métodos de lucha, aparece claramente dibujado el nuevo escenario y la nueva realidad de las luchas sociales.

En la concepción tradicional, entre fines y medios se establece una relación instrumental. El objetivo final (la toma del poder) ordena y marca la pauta. En consecuencia, las formas de lucha se subordinan a la táctica y la estrategia; lo social a lo político. La táctica y la estrategia, por el hecho de ordenar y jerarquizar las luchas sociales, actúan como métodos de racionalización de las formas de acción colectiva, desde una óptica externa al movimiento social. Si las formas de lucha dependen de la táctica y ésta de la estrategia, deben ser formuladas de acuerdo a un plan racional y objetivo. "La táctica debe ser analizada con sangre fría, con una objetividad rigurosa, teniendo en cuenta todas las fuerzas de clases en un Estado determinado", escribía Lenin en "La enfermedad infantil del comunismo". De esta forma se puede establecer una "política científica" que lleve a la formulación de **una sola táctica** y **una sola estrategia** para todo el movimiento, convirtiendo en desviaciones todo aquello que se aparte de la línea correcta.

Uno de los resultados más importantes de la subordinación de las formas de lucha a una táctica predeterminada, es la domesticación y el control del conjunto del movimiento a través, precisamente, de esas formas de lucha. Toda actividad, aún la más insignificante, debe estar encuadrada por objetivos que aprisionan la "espontaneidad" y desprecian las luchas implícitas –aquellas que practican los sujetos por sí mismos, sin una finalidad prefijada-, como si fueran una pérdida de energía, una suerte de distracción en el camino de la toma del poder. Todas las corrientes que se reclaman del movimiento obrero (tanto socialdemócratas como comunistas y hasta anarquistas) coincidieron en asignarle al proletariado una "misión histórica", consistente en ser portador y constructor de una nueva sociedad. A ese objetivo inconsulto se subordina tanto la estrategia como la táctica y, por supuesto, las formas de lucha. En suma, las luchas sirven si forman parte del proceso de "acumulación" (en el camino de realizar el objetivo final), cuyo eje gira en torno al partido o la organización, que centraliza y concentra toda la información y los saberes dispersos de los diferentes sectores de la clase obrera y que, por añadidura, sabe cuáles son los objetivos que más le convienen al proletariado.

De esa manera, una lógica externa y extraña al sujeto se le impone y lo determina: la del estado, en su versión partido o en la versión unidad del movimiento sindical, que en realidad responden a la

misma lógica: controlar al sujeto social, dirigirlo hacia un fin y evitar que se desvíe del mismo, asegurando así el poder de los dirigentes.

Los manuales, que fueron verdaderas biblias del militante de izquierda, sistematizaron la acción obrera, establecieron de forma puntillosa la necesidad de preparar las huelgas con mucha antelación, elegir cuidadosamente el momento para lanzarlas, los objetivos precisos y hasta la duración que tendrían. La matriz en la que encuadran la lucha de clases es netamente militar, como consecuencia del objetivo trazado: si uno se plantea la toma del poder termina por militarizar la lucha y también las formas de lucha.

Así, se desarrolló todo un lenguaje sobre la disciplina, el ataque y la retirada, la ofensiva y la defensiva, sobre las maniobras de diversión, el enemigo y los aliados, con reglas precisas que en última instancia responden a un criterio de verdad "científicamente comprobable". Nada quedó librado al azar. La huelga económica, por salarios y condiciones de trabajo, es considerada como el primer escalón que debe dar paso a la huelga política, de la que debería pasarse a la insurrección que concluye con la toma del poder, siempre que las condiciones objetivas lo permitan.

Hasta la más simple huelga aparece subsumida en una estrategia que la incluye y la somete, o la excluye si no sirve al objetivo trazado. Ninguna lucha popular es una lucha sin más. No hay obreros sino "ejército proletario; el núcleo de los que deciden cada etapa, el valor de cada lucha, de cada acción, se lo denominó el "Estado Mayor de la revolución", que habitualmente coincide con el comité central del partido[1]. Véase, de paso, que la clase obrera y los revolucionarios responden a la lógica centralizadora del capital con una lógica simétrica. Lo mismo sucede con el concepto de acumulación.

Pero surge aquí un problema que inhabilita todo este pensamiento: **la imposición de una lógica exterior al sujeto, lo convierte en objeto.** El verdadero sujeto pasa a ser el partido o la dirección sindical. Toda decisión que no emane del propio sujeto, lo aliena[2]. De lo contrario, la premisa de Marx y de la I Internacional que dice que "la emancipación del proletariado será obra de los mismos proletarios", sería falsa.

En este sentido, el marxismo tradicional (entendido como la ideología popular que se reclama heredera del pensamiento de Marx)

[1] A este respecto, es sumamente ilustrativo el folleto del secretario general de la Internacional Sindical Roja, Drizdo Lossovsky, *De la huelga a la toma del poder. Los combates económicos y nuestra táctica*, Conferencia Sindical Latinoamericana, Montevideo, 1930. En particular el capítulo titulado "La huelga como combate o la aplicación de la ciencia militar a la dirección del movimiento huelguístico", resume la concepción del partido bolchevique.

[2] Utilizo el concepto de sujeto social en un sentido amplio y general, casi coloquial, desprovisto de ideología, conciencia y objetivos predeterminados; en suma, rehuyo de una concepción esencialista y racionalista sobre los sujetos, que en la realidad no existen ahora ni existieron nunca. Del mismo modo, utilizo el concepto de movimiento social en un sentido amplio y abarcativo, similar al de sociedad civil.

aprisionó las formas de lucha en una cárcel de hierro, sujetándolas y convirtiendo incluso sus mejores aspectos en meros instrumentos al servicio de fines que nadie, o muy pocos, se habían propuesto. La idea de que una huelga general debería desembocar en insurrección o de lo contrario estaba condenada al fracaso, inhibió en múltiples ocasiones a los dirigentes obreros para aplicar esa forma de lucha. No pocos manuales de divulgación para militantes se empeñaron, durante décadas, en analizar "científicamente" cada una de estas formas de acción, con tanta precisión como alejamiento de la realidad. La historia mostró que hay huelgas generales que se conforman con ser eso, e insurrecciones que no se proponen la toma del poder. La huelga general contra el golpe de estado en Uruguay, en 1973, de 15 días de duración, valió porque aisló a la dictadura desde su nacimiento y fue un éxito pese a que no consiguió ni frenar la instalación del régimen ni se convirtió en insurrección. El Cordobazo y otras tantas puebladas, no se propusieron derribar gobiernos sino que fueron una especie de ¡ya basta!; la insurrección del 19 y 20 de diciembre en Buenos Aires se propuso neutralizar el estado de sitio. Los manifestantes que la noche del 19 sorprendieron a la guardia que cuidaba la Casa Rosada, no hicieron nada por tomarla.

La huelga es también un buen ejemplo. En las primeras etapas del movimiento obrero cualquier lucha empezaba con la huelga. Se desencadenaba automáticamente una vez que vencía el plazo dado por los obreros que habían presentado al patrón un pliego de condiciones. Era el método por excelencia, complementado y apoyado por el boicot y el sabotaje. Toda la clase obrera consciente se sentía impulsada a apoyar a los huelguistas, comprometiéndose en el boycot o en el apoyo solidario. Eran huelgas muy largas, a todo o nada; la derrota significaba a menudo el fin de la organización sindical o una crisis muy profunda. Con el sindicalismo de masas la huelga pasó a usarse de forma mucho más cuidadosa, por lo menos en los años de oro del estado benefactor. Estaba reconocida por las patronales y el estado, en muchos países fue reglamentada y su utilización por parte de los sindicatos era largamente estudiada. Sólo se lanzaba cuando no quedaba otro camino, una vez que se habían agotado todos los medios de negociación. Y una vez lanzada se procuraba que fuera breve y se levantaba al menor indicio de disposición negociadora de la patronal o de intermediación por parte del estado.

Ganó en eficiencia pero perdió su carácter subversivo y convocante de la solidaridad de clase, se burocratizó: la huelga dejó de ser una cuestión de la clase para ser una decisión de los dirigentes. Pasó de seña de identidad o de "fiesta de los oprimidos" a convertirse en un instrumento. Y la relación instrumental alienó ese método, lo cosificó, le hizo perder su frescura, la impronta solidaria y festiva que tienen los actos significativos de la clase. Huelga y clase obrera dejaron de identificarse.

Sin embargo, en las dos últimas décadas las formas de lucha han ido modificando su carácter al calor de los cambios estructurales y culturales, que en gran medida fueron modelados por las luchas de clases. La desindustrialización, la precarización del empleo y el desempleo y los cambios urbanos, modificaron los escenarios de las luchas sociales. En paralelo, los cambios culturales y sociales, el nuevo papel que juegan las mujeres y los jóvenes como consecuencia, entre otras, el desborde popular de las formas tradicionales de disciplinamiento, crearon las condiciones para el surgimiento de nuevos movimientos sociales. Los aspectos instrumentales de las formas de lucha van cediendo y se crean otras que tienden a expresar la complejidad de la sociedad en movimiento, sus contradicciones y sus necesidades de autoafirmación. Quiero decir que las nuevas formas de lucha expresan mejor a los sectores emergentes y a través de ellas se hacen visibles para el resto de la sociedad.

1) Cómo y porqué cambian las formas de acción

Algunos estudiosos de los movimientos sociales, como Charles Tilly, denominan a los métodos y formas de lucha como "repertorios". El vocablo tiene sus ventajas, ya que da entender que se trata de las habilidades o recursos que los movimientos sociales, pero también los individuos y los colectivos, tienen a mano a la hora de enfrentar un desafío[3]. Estas capacidades incluyen tanto aspectos sociales como culturales, pero la gama de recursos que tiene un movimiento social son siempre menos y más limitadas de lo que suponemos. Y, sobre todo, cambian a un ritmo glacial, el mismo ritmo lento que tienen los cambios culturales.

A lo largo del siglo XX se registraron virajes muy profundos en las formas de acción, a raíz de la introducción del taylorismo y el fordismo y al surgimiento de la gran industria, que inutilizaron viejos métodos como el boycot, el sabotaje y la huelga de larga duración, los tres pilares sobre los que descansó el primer movimiento obrero que se apoyaba en los obreros de oficios. En consecuencia, las sociedades experimentaron un proceso de burocratización que abarcó todas las facetas de la vida: división entre procesos de dirección y ejecución, alienación y cosificación que generan las estructuras piramidales modernas[4]. Fue el segundo gran

[3] Charles Tilly, *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggle,* Harvard University Press, Cambridge, 1986, pp. 380-404 y *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill, Nueva York, 1987, pp. 143-171. En esta obra Tilly analiza los cambios a través de cuatro siglos de luchas sociales en Francia.

[4] Para Castoriadis "el momento estructurante central de la sociedad contemporánea no es el mercado sino la 'organización' burocrático-jerárquica". Sostenía que la proletarización que se registra en la sociedad actual no adquiere la forma de la

cambio en las formas de acción; el primero había sucedido un siglo antes, con el nacimiento del movimiento obrero.

Hagamos un breve desvío. En la historia de las formas de acción social, se puede distinguir un primer período de dos silos, que va de 1650 a 1850, siendo la revolución de 1848 la fecha decisiva para fechar un viraje de larga duración. A este primer período corresponden formas de acción **locales** y **dependientes**. Las más conocidas son la apropiación de granos, invasiones colectivas de tierras, destrucción de máquinas, charivaris o serenatas, iluminación forzada, saqueo de viviendas y concentraciones. Dependían de situaciones locales particulares, de que fueran patrocinadas por caudillos o explotaran las celebraciones públicas y religiosas, sin separarse de ellas.

Estas formas de acción no conseguían despegarse de los casos concretos que habían motivado su aparición, por lo que no podían generalizarse ni estaban en condiciones de servir de base para un movimiento social nacional; y cuando se registraba una nueva oleada de protestas, no tenía ninguna relación con la anterior, por lo que durante ese período los movimientos no tuvieron continuidad. Este punto parece particularmente importante: hay formas de acción que se practican a lo largo de siglos sin trascender los casos concretos en los que se despliegan. Sin embargo, en un momento determinado se expanden más allá de los estrechos límites tradicionales y, en poco tiempo, comienzan a practicarse en lugares muy distintos, por diferentes actores y con otros objetivos.

Cuando comienzan a surgir las nuevas formas de acción, que se manifiestan ya con gran fuerza en las revoluciones de 1848, incluso ya están difundidas en las rebeliones de 1830, las sociedades habían sufrido cambios notables: los estados nacionales se consolidan y brindan un marco y un blanco para la acción colectiva, grandes masas se concentran en las ciudades, la industria conoce un desarrollo vertiginoso así como las comunicaciones y la prensa. Los cambios estructurales y culturales, que modificaron la vida cotidiana de amplios sectores de la sociedad, brindan espacios para la acción social (las ciudades, por ejemplo), se crean vehículos para la difusión del movimiento (la prensa) que facilitan una mínima homogeneización de las formas de acción, dando lugar a que surjan "patrones" de organización y de acción. Sobre esas bases pudo nacer un movimiento amplio a escala nacional.

Entre las nuevas formas destacan la huelga, la manifestación, peticiones, marchas, actos públicos e insurrecciones. Se trata de métodos de acción flexibles, capaces de ser utilizados en situaciones muy diversas. Los actos públicos, por ejemplo, sirven tanto a los fines

imagen clásica de una sociedad en dos polos: "La sociedad se ha transformado al contrario en una pirámide, o mejor dicho en un conjunto complejo de pirámides, a medida que iba burocratizándose, y de acuerdo con la lógica profunda de la burocratización". En Cornelius Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero,* vol. 2 "Proletariado y organización", Tusquets, Barcelona, 1979, pp. 235 y 243.

del movimiento obrero como a una campaña electoral. En el medio siglo que va de 1780 a 1848 (o sea desde poco antes de la revolución francesa a la primera revolución proletaria) la gente pasó de estar familiarizada con la confiscación de los cargamentos de grano, la quema de los registros de impuestos y la venganza contra los abusadores, a realizar manifestaciones, huelgas e insurrecciones. Dejó de utilizar los "viejos" métodos y abrazó otros que pocas décadas atrás ni siquiera existían o eran marginales.

Estas formas de acción se independizan de los conflictos que las originan: son generales en vez de específicas, indirectas en vez de directas y flexibles en vez de rígidas[5]. O sea, son adaptables a escenarios, situaciones y hasta países diferentes. Un ejemplo de esta evolución es la barricada: empezó a utilizarse en París en el siglo XVI o antes; los vecinos de los barrios se protegían de los intrusos tendiendo cadenas a través de las calles. Hacia 1588 empezaron a reforzarlas con barriles (*barriques* en francés) llenos de tierra y adoquines. En un principio se construían de forma comunitaria por el barrio para defenderse. Ya en la revolución de 1830 aparecen como fortificaciones ofensivas y para 1848 ya se usaban en todo el país y eran un medio de defensa y movilización que se erigían al culminar una marcha. Con los años, se usaron por razones y con objetivos muy diferentes: se las podía ver en una insurrección o en la demanda de reformas constitucionales, con carácter ofensivo o defensivo, construidas por las clases medias o el nuevo proletariado[6].

Las preguntas de cómo y porqué cambian las formas de acción son difíciles de contestar. En general, los cambios son raros, lentos y se producen luego de largos períodos de utilización de los mismos métodos de lucha, convertidos en rutina. El interés que tiene el estudio de los períodos de cambios en las formas de acción colectiva es que todo indica que estamos viviendo un momento de profundas mutaciones, de cambios de largo aliento en el tipo de movilización social. El análisis de los cambios en las formas de acción puede darnos pistas y claves para comprender a los nuevos movimientos y las motivaciones de quienes en ellos participan.

Asistimos, por ejemplo, al declive de la huelga tradicional, de escasa eficacia ya sea porque sólo pueden practicarla sectores muy restringidos de trabajadores, así como por la escasa utilidad que tiene ante el endurecimiento de las patronales y el crecimiento de la desocupación. Pero, además, la huelga ya no despierta los entusiasmos ni las solidaridades de antaño. Es más bien el ejercicio de una rutina institucionalizada. Salvo cuando surgen huelgas "salvajes", no dirigidas ni controladas por los aparatos sindicales, lo que modifica su carácter

[5] Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1997, p. 80.
[6] Idem. pp. 87-88.

esencial. Las huelgas cortas y con final previsible, centradas en aumentos de salarios, son vistas como un trámite que sólo pueden utilizar pequeños sectores del movimiento obrero, aquellos que defienden intereses corporativos.

Las luchas más dinámicas, aunque recurran en ocasiones a las huelgas, son aquellas que utilizan métodos más creativos: ocupación del espacio público (Carpa Docente, jubilados, piquetes), las que defienden intereses no sectoriales (lucha por Aerolíneas Argentinas, derechos humanos), que expresan una necesidad vital sentida por algún sector social (jóvenes) o que utilizan símbolos o recursos no habituales, extraídos de la vida cotidiana o que se practican con otros fines (murgas y teatro en los escraches). Cuando surge un movimiento activo y creativo, apela a formas de acción innovadoras y removedoras.

En general, suelen establecerse cinco criterios para explicar los cambios en las formas de acción colectiva[7]:

+ *La conciencia popular acerca de sus derechos y de lo que es justo.* Esto depende de múltiples factores, entre ellos de la educación y el acceso a la información, pero sobre todo de la experiencia directa que resulta insustituible. Por ejemplo, las poblaciones urbanas que han vivido largos procesos de industrialización, con la consiguiente práctica sindical -por más burocratizada que fuera-, conocen y defienden su derecho al trabajo. Diferente es la situación en países y regiones en los que nunca existieron ni industria ni sindicatos. Por consiguiente, los cambios que afecten a los derechos de la población o la negativa de las autoridades a atender demandas que considere justas, provocará reacciones.

+ *Las rutinas cotidianas de la población.* Aquí inciden sobre todo aspectos relacionadas con el lugar de residencia, el hábitat y su relación tanto con el trabajo como con el tiempo libre. Las personas que viven en un barrio obrero tradicional, relativamente cercano al lugar de trabajo, en viviendas formales, con acceso a bares, clubes sociales y deportivos, se comportan de forma diferente de quienes ocuparon un predio, formaron un asentamiento con sus viviendas precarias, tienen un trabajo informal o ningún trabajo y sus espacios de socialización son la calle o la esquina.

En este sentido, quiero destacar solamente un elemento, de los muchos que sería posible analizar. La vida cotidiana del obrero tradicional transcurría en espacios en los que imperaba un estricto control, y eran lugares de disciplinamiento: la fábrica, la familia, el cuartel, la escuela, incluso los clubes sociales y deportivos responden a esos mismos patrones, por no hablar del sindicato. En todos esos espacios domina la figura de la pirámide, que el trabajador termina por interiorizar y reproduce en todos los aspectos de su vida, muy en particular en la familia. Por el contrario, el joven que tiene un trabajo

[7] Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution,* pp. 156-59.

informal, muchas veces en un espacio abierto, desconoce horarios, hábitos de obediencia y subordinación. Encuentra sus límites de forma mucho más brutal: la represión policial o las drogas. Pero son límites externos, que por más brutales que sean no suelen ser interiorizados sino rechazados con mayor o menor fuerza o eludidos con más o menos éxito.

En suma, estamos ante dos tipos de comportamiento humano muy distintos, proclives a formas de acción también muy distintas. Más aún, el tránsito del primer tipo de vida al segundo parece conllevar cambios en los comportamientos colectivos. Difícilmente los jóvenes que no han pasado por espacios de control y disciplinamiento, acepten formas de funcionamiento tan reglamentadas como los sindicatos. Tenderán a no participar en espacios rígidos que sienten como opresivos y se volcarán en aquellas actividades en las que se sienten como en la barra de esquina o en otras que los expresen como sector marginalizado.

+ *La organización interna de los sectores populares.* Es un aspecto estrechamente relacionado con las rutinas que hemos abordado. La crisis de la familia modifica el comportamiento de los implicados: el varón, la mujer y los hijos. Los aspectos de contención y formación que poseía la vieja familia nuclear y patriarcal eran también elementos de opresión y, en el tema que nos ocupa, un freno al cambio cultural y social.

La crisis de la familia libera energías. En esta crisis juegan muchos factores: desde la crisis económica (que no creo que juegue un papel central) hasta la sorda y prolongada lucha que hace tiempo emprendieron las mujeres y los jóvenes, y también los niños, para emanciparse de tutelas patriarcales y del control familiar. A propósito, y para desmitificar la idea del papel predominante de lo económico, sostengo que la rebelión de los años sesenta fue, en lo fundamental, una rebelión contra la sociedad burocrática y piramidal, tanto en la familia como en la escuela y la fábrica[8]. O sea, en toda la sociedad. Quiero decir que no hubo una rebelión obrera, una rebelión estudiantil, una rebelión de las mujeres, etcétera, sino más bien una profunda y polifacética, las más de las veces sorda, rebelión social y cultural contra la burocratización de la sociedad, que en cada ámbito asumió formas y características diferentes.

Ahora bien, **esas rebeliones no podían ni pueden realizarse a través de las estructuras tradicionales, ya que son parte del mismo mundo contra el que se rebelan.** Por eso los sindicatos

[8] Un trabajo de investigación que estoy desarrollando en una comunidad obrera de Uruguay me permite asegurar que las luchas de clases en los sesenta fueron en el fondo, una rebelión de los jóvenes y las mujeres contra las jerarquías opresoras: contra los capataces en las fábricas, contra los médicos, los policías y los curas, contra los viejos políticos y los profesores antiguos.

entraron en decadencia, porque son parte de la pirámide burocrática de la sociedad actual. Igual que los partidos.

Veremos que los jóvenes y las mujeres tienden a participar en un tipo de organización más informal, más horizontal, en la que no hay patriarcas ni capataces que controlan y disciplinan. Muchos y muchas combinan la participación en instancias político-sociales, con otras como grupos musicales, radios o medios alternativos, grupos de afinidad de cualquier tipo, pero con mucha frecuencia de carácter cultural, que tienen dos características: un estilo de funcionamiento muy laxo, flexible, caótico casi siempre, similar al de las barras juveniles; y que suponen lazos fuertes, sólidos, a menudo del tipo del hermanamiento, con fuerte implicancia emocional.

En ocasiones se problematiza la escasa aptitud de los jóvenes de hoy para la disciplina que supone el trabajo o la militancia organizada. Pero se olvida que esa es también la base de su rebeldía. En suma, son dos caras de un mismo fenómeno: amplios sectores juveniles carecen de formas de contención y encuadramiento. De las formas como viven su vida cotidiana surge una suerte de cultura que muchas veces los lleva a la autodestrucción y al individualismo, cosas que dificultan la actividad colectiva. Debemos comprender que esas mismas actitudes que valoramos como negativas son parte de una profunda y prolongada rebelión contra el control social. O sea, que el fenómeno tiene dos caras: la positiva, que debemos alentar, es su capacidad de invertir el mundo y de modificar las formas de lucha.

Existe una estrecha relación entre los cambios internos en la vida de los sectores populares y su manifestación cuando se convierten en sujeto social, tanto a nivel organizativo como en cuanto a las formas de acción.

\+ *La experiencia previa.* Es lo que permite a los sujetos sociales no insistir en formas de acción que ostensiblemente conducen al fracaso o reafirmarse en las que les permitieron cosechar triunfos. Lo mismo puede decirse de la experiencia, como base para el aprendizaje de lo que puede esperarse en determinado momento del gobierno, de la policía, de los sectores medios y de los propios sectores populares.

La gente sabe, por una larga experiencia de más de medio siglo, el papel que juega la plaza de Mayo en las protestas sociales. De ahí que el 19 de diciembre hayan confluido allí amplios y heterogéneos sectores que estaban dispuestos a desafiar el estado de sitio. Otros, sobre todo los más jóvenes que participan en recitales de rock o en barras bravas del fútbol, saben cómo enfrentar a la policía, cuándo retroceder y cuándo avanzar. De ahí que el concepto de "espontaneísmo" haya que tomarlo con pinzas.

Por espontaneidad se entiende lo no organizado y, en última instancia, aquel movimiento o acción que no está dirigido a un fin. Tropezamos una vez más con la teoría revolucionaria. A la hora de

escribir *¿Qué hacer?,* Lenin se inspiró, como en tantas ocasiones, en la socialdemocracia alemana y en Karl Kautsky, su principal dirigente. Lo cual era algo tan natural, ya que se trataba del sector más avanzado del movimiento socialista mundial, como puede serlo hoy inspirarse en el zapatismo o en los sin tierra.

La oposición entre espontáneo y organizado formaba parte de la concepción que fue abriéndose paso luego del fracaso de la Comuna de París, que hacía hincapié en la necesidad de tomar el poder y para ello construir partidos[9]. Para Lenin, como para Kautsky, la conciencia socialista se introduce "desde afuera" en el proletariado. El encargado de hacerlo no puede ser otro que el partido, de la mano de sus cuadros dirigentes que son a su vez intelectuales. Pero aquí surge un problema paralelo: conciencia y organización van de la mano. O sea, **un proletario consciente está organizado en el partido**. Y eso no admite duda. De ahí la famosa frase de Lenin de que "la revolución no se hace, se organiza".

Aquí surge una nueva simetría entre el capitalismo y las fuerzas de la revolución. El capital estaba, desde la segunda mitad del siglo XIX, obsesionado en la organización científica de la producción, lo que luego se llamó taylorismo, como forma de control social. La preocupación por la organización es tan vieja como el capitalismo y proviene (como tantas otras "conquistas del progreso") del pensamiento militar, que inspiró no sólo a los promotores del panóptico sino muy en particular a los socialistas y comunistas a la hora de pensar su estrategia revolucionaria. Todo esto, que hoy puede sonar a risa, fue hasta hace poco tiempo uno de los temas centrales del movimiento revolucionario.

En el debate sobre la espontaneidad parece necesario introducir algunas consideraciones sobre la actividad de los sectores dominados en los períodos en los que no se producen rebeliones, cuando el escenario político y social está en calma[10]. En su vida cotidiana, los dominados resisten la dominación creando espacios sociales lejos del control de los poderosos, en los que practican un "discurso oculto" que emerge a la superficie cuando se producen grandes rebeliones. Esta actitud, denominada por James Scott como "infrapolítica", permite asegurar, en la misma línea que la educación popular, que los sectores dominados son sólo parcialmente dominados (les interesa además dar la impresión de que aceptan de buena gana el dominio de los poderosos). En la dominación coexisten la subordinación con la rebelión, o la negación de la subordinación, que existen en potencia entre los dominados. Esta actitud se asienta en la cultura y los valores que emanan de las tradiciones y de la vida cotidiana de los oprimidos. De lo contrario, la

[9] Georges Haupt dedica un capítulo de su libro *El historiador y el movimiento social*, al análisis de cómo el fracaso de la Comuna de París significó un profundo viraje en el movimiento socialista, que lo empujó a poner proa hacia la toma del poder. "La Comuna como símbolo y como ejemplo", Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 35-64.
[10] James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, ERA, México, 2000.

emancipación de los oprimidos nunca sería obra de ellos mismos, sino que vendría de fuera, como apuntan Kautsky y Lenin. Por el contrario, Scott hace hincapié no en los límites de la cultura popular sino en sus potencialidades:

> Siempre que limitemos nuestra concepción de *lo político* a una actividad explícitamente declarada, estaremos forzados a concluir que los grupos subordinados carecen intrínsecamente de una vida política o que ésta se reduce a los momentos excepcionales de explosión popular. En ese caso, omitiremos el inmenso territorio político que existe entre la sumisión y la rebelión y que, para bien o para mal, constituye el entorno político de las clases sometidas. Sería como concentrarse en la costa visible de la política e ignorar el continente que está detrás. [11]

Creo que la única forma de comprender lo que sucedió la noche del 19 de diciembre es apelar al concepto de infrapolítica. O sea, observar lo que sucede debajo de la línea, en los espacios no visibles de la sociabilidad popular. Habría que rastrear algunos de estos espacios a lo largo de la década del noventa, por ejemplo, observar el comportamiento cotidiano de los jóvenes: qué sucedía en sus espacios, en las barras, en los recitales, en las canchas. El "que se vayan todos" se fraguó en espacios como esos, allí fue largamente ensayado antes de convertirse en la consigna más popular.

No podemos hablar de espontaneidad, salvo que la centralidad no se la otorguemos a la sociedad civil movilizada sino a un proyecto abstracto encarnado en algún partido o clase. Pero si confiamos en ella, y eso debería estar fuera de duda después del 20 de diciembre, tenemos que aceptar que en su vida cotidiana los sectores populares fueron elaborando (descifrando, analizando, comprendiendo) la realidad de la Argentina menemista. Nadie, ni individual ni colectivamente, pasa en unas pocas horas de la total subordinación a la total rebelión. Eso es imposible.

+ *El papel de la represión y sus características.* Este aspecto se relaciona íntimamente con el anterior. La represión, directa o indirecta, como realidad o como amenaza, está en el centro de la sociedad neoliberal. Cuando fueron desbordadas las instituciones de disciplinamiento, en nuestros países dependientes durante los años sesenta, y cuando el sistema ya no puede ofrecer mecanismos de integración y apaciguamiento al desmontar el estado benefactor, sólo queda el control a cielo abierto. La guetización pasa a ocupar un lugar privilegiado. Por eso el gatillo fácil, las razias, la criminalización de los jóvenes. Pero por eso también la violencia contra la mujer, de la que la

[11] Idem., p. 233.

policía es cómplice, que la mayoría de las veces es contra la mujer joven rebelde, la que no acata las normas sociales.

La represión puede inhibir o demorar la aparición o extensión de nuevas formas de lucha. Puede incluso deformarlas. Pero en general no puede inhibir su aparición, salvo en los casos en que el cambio cultural se encuentra bloqueado. Pero cuando esto sucede se debe no sólo a la represión sino a un conjunto de factores sociales y culturales.

Por otro lado, cuando el cambio social está bloqueado por la represión o la falta de libertades, suelen aparecer formas de acción colectiva que aprovechan espacios simbólicos o aquellos que el régimen no considera peligrosos. Allí la disidencia se manifiesta de forma oblicua, apelando a valores de la cultura oficial para modificar su significado (las Madres rezaban ante los policías), lo que en un principio desconcierta a la represión.

En el caso que la represión sea prolongada, sucederá que el discurso oculto y los espacios en los que se practica crezcan de forma considerable. Algo así sucedió en Sudáfrica durante el apartheid. La cultura popular se repliega a territorios muy profundos, para mantenerse lejos del acoso, donde ensaya formas de acción colectiva a través de las cuales transforma el mundo.

2) De los métodos instrumentales a los autoafirmativos

Hemos visto que en los movimientos tradicionales las formas de acción se eligen en función de un cálculo: cuál de ellas permite conseguir de forma más eficaz, y económica, los objetivos trazados. Ello se traduce en escoger en cada caso la "herramienta" adecuada, y manejarla con precisión y "profesionalismo". Veamos ahora con cierto detalle las implicancias de esta concepción (explicitada de forma muy clara por la corriente bolchevique).

El punto de partida es la separación de la economía de la política y la subordinación de la primera a la segunda. Por luchas económicas se entienden aquellas en las que los trabajadores de una empresa o rama exigen al patrón la mejora de salarios y de las condiciones laborales. La "habilidad" de los sindicalistas consistía en utilizar las necesidades y luchas de los trabajadores para imponer la estrategia que consideraban adecuada[12]. Luego se hace una analogía entre los principios de la guerra y el movimiento sindical: se establece un paralelismo entre el "ejército

[12] "Los combates económicos y políticos se entrelazan estrechamente entre sí y nuestra misión consiste en convertir hábilmente cada huelga económica en lucha política", en Drizdo Lossovsky, ob. cit. p. 30. La concepción bolchevique no hacía más que sintetizar, extremando apenas, ideas y actitudes que eran ya hegemónicas en el conjunto del movimiento sindical.

militar" y el "ejército huelguístico", se consideran las luchas obreras como "combates" para los que hay que tener estricta "disciplina" y se llega a denominar al grupo dirigente como "Estado Mayor"[13]. Así como el ejército y la burguesía estudian y analizan la situación, elaboran una doctrina y hasta una filosofía, del mismo modo debe proceder el "ejército proletario". Una vez más aparece la simetría.

Quedan establecidas rigurosas y detalladas formas de acción: se parte de la forma elemental, la huelga económica, que debería ir pasando a "etapas superiores", como la huelga política, hasta desembocar en la "forma superior de acción", la insurrección. Contempla también la posibilidad de la "retirada" y considera que el contrato entre obreros y patronos es "un método de reagrupamiento de fuerzas"[14]. La huelga forma parte así del "arsenal de lucha de la clase obrera", las agrupaciones de base son meros "puntos de apoyo para la lucha", los recursos materiales del sindicato son su "amunicionamiento" y los simpatizantes conforman la "retaguardia". Los aspectos claves en esta concepción son **organización**, **dirección** y **planificación**. Igual que en los ejércitos e igual que en las empresas de la burguesía, inspiradas en buena medida en los ejércitos.

Aunque estas ideas fueron formuladas por la Tercera Internacional, impregnaron a todo el movimiento obrero, más allá de sus diferentes orientaciones ideológicas y políticas. Incluso los sindicatos reformistas, los nacionalistas, los cristianos y en buena medida también los anarquistas, fueron ganados por esta visión de las luchas sociales, que hizo centro en los tres principios mencionados, en gran medida como consecuencia de la implantación del sindicalismo de masas. Sin embargo, en el periodo del sindicalismo de oficios la huelga jugaba un papel diferente: era la forma como la clase se reafirmaba a sí misma y una forma de restablecer los vínculos entre los oprimidos, la medida de su orgullo y dignidad, sin importar mucho el triunfo o la derrota[15]. Aunque en las corrientes libertarias existió una tendencia instrumentalista, que incluso consideraba la insurrección como el desenlace de toda lucha, convivían también corrientes que consideraban al sindicato como "la sociedad nueva dentro de la vieja"[16].

Hemos dicho al comienzo de este capítulo que una concepción así convierte al sujeto (la clase obrera) en objeto, ya que el verdadero sujeto pasa a ser el partido o la dirección sindical. En buena parte de la producción teórica comunista se hace referencia a los trabajadores como "las masas" o "la masa". El detalle no es menor. Se trata de una

[13] Lossovsky señala: "Es posible y necesario utilizar los conocimientos acumulados en el terreno militar para que hallen su aplicación en la dirección de los combates huelguísticos". Idem. p. 33.
[14] Idem. p. 50.
[15] Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertarias en Buenos Aires 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001, pp. 284-5.
[16] Julio Godio, *Historia del movimiento obrero argentino*, Corregidor, Buenos Aires, 2000, Tomo I "La época de las corrientes sindicales fundadoras 1870-1943", p. 127.

concepción de la sociedad y de las luchas sociales que lleva a reproducir, casi calcadas, las mismas opresiones y desigualdades que se dice combatir. Veamos una carta de la Internacional Comunista de 1925 al Partido Comunista de la Argentina:

> Hoy que las perspectivas de la revolución inmediata, son menos visibles que en 1918-19, y que aparece claro para todos los Partidos la necesidad de **conquistar** la influencia directriz sobre las grandes y más **atrasadas masas** de obreros y campesinos pobres, con **un trabajo sistemático de penetración**, es necesario señalar la necesidad de estudiar detalladamente sus más vitales e inmediatas aspiraciones (...) ellas deben **servirnos** para marcar las etapas del avance revolucionario y crear un P. Comunista disciplinado, fuerte y orgánicamente predispuesto para adaptar su táctica a medida que lo requiera la situación. (...) Un partido capaz de comprender al momento de aprovechar todas las perspectivas revolucionarias favorables, de **infiltrarse** y **conquistar** cada vez más a las masas obreras y campesinas pobres.[17]

Concepciones instrumentales como esta han sido las habituales en el movimiento obrero. Tomo puntualmente la marxista-leninista, porque la conozco mejor y siento la necesidad de ajustar cuentas con ella; pero con escasos matices y a veces términos distintos, esos mismos contenidos se encuentran en otras tradiciones, aunque en algunos casos el verticalismo es considerablemente más pronunciado. Porque de eso se trata: de una visión del mundo desde arriba.

Véase la distancia que se establece entre el partido y las masas, la relación instrumental entre sus necesidades y la utilización que de ellas se hace, por no mencionar el estilo despectivo hacia los sectores a los que se pretende "penetrar", abusando de términos machistas que revelan quién se considera sujeto y a quienes se considera objeto.

Además, semejante reglamentación de las formas de acción terminó por rutinizarlas y resecarlas, primero, y por burocratizarlas después. Aunque siempre existieron luchas salvajes –no controladas por las dirigencias sindicales- y muchas y pequeñas luchas implícitas (aquellas no declaradas como el bajo rendimiento, la impuntualidad, la desobediencia a los capataces), recién en la década de 1960 comenzaron a verse cambios de fondo. El Cordobazo, el más significativo de ellos, no fue una lucha planificada ni instrumental. Fue la irrupción autoafirmativa de una generación de obreros jóvenes, entrenados en la lucha y la subversión del orden en el taller, que emergieron como un nuevo sujeto, autónomo de la burocracia sindical.

[17] Carta al CE del PC de la Argentina firmada por Jules Humbert Droz en nombre de la Comisión del CE de la Internacional Comunista, Moscú, enero de 1925. En revista "Periferias" No. 7, Buenos Aires, primer semestre de 2000, "Dossier documentos para la historia de la izquierda argentina", pp. 43-44. Las negritas son mías.

Pero el verdadero viraje vendría más adelante. Llamaremos a las nuevas formas de acción colectiva como **autoafirmativas**, aunque podrían denominarse expresivas o afirmativas. Están estrechamente ligadas a la aparición de nuevos actores y movimientos sociales y difícilmente puedan separarse de ellos, por lo menos en una primera etapa. Se trata de luchas autoafirmativas porque parten de sectores que hasta ese momento tenían una baja consideración social, vivían oprimidos o marginados. Sobre esto volveré más adelante.

Las formas de lucha afirman y expresan también un tipo de organización concreta. En líneas generales, puede decirse que un sector social que se haya dotado de organizaciones asociativas tenderá a usar métodos instrumentales, en tanto los colectivos de carácter comunitario buscarán formas de acción autoafirmativas[18]. Estas comunidades buscan expresar una condición negada, ninguneada. Es el caso de las mujeres, los homosexuales y lesbianas, los indios, las madres e hijos de desaparecidos, los desocupados. Todos ellos sufren desprecio, menosprecio o son invisibles para la sociedad oficial. Esa invisibilidad los lleva a utilizar formas de acción que pongan en primer lugar la afirmación de su existencia, negada desde el poder.

De ahí que, por ejemplo, los homosexuales hagan hincapié en su condición homosexual, la exhiban sin reparos, con orgullo y de manera festiva. Elegirán por lo tanto formas de acción colectiva que sirvan a esos objetivos, aquellas que los expongan claramente ante la sociedad. No se trata sólo ni principalmente de llamar la atención. En el caso homosexual, la fiesta y la alegría pública son la expresión de un sentimiento doble: alegría por poder decir "soy esto, aquí estoy"; y una forma de negar la condición de algo sórdido, con lo que la sociedad identifica la homosexualidad. La fiesta gay y lesbiana, como toda fiesta, es liberación.

Otros sujetos, como los indios, exponen y hasta sobreexponen sus señas de identidad: lengua, costumbres, formas de vestir. Aquellas características que la sociedad moderna no quiere ver. Pero también aquellas que le dan sentido a su etnia, como la lengua. Ese es el significado de los símbolos, como el pañal-pañuelo de las Madres. Muestran a la luz del mundo, y con orgullo, su condición: madres de desaparecidos, madres que extrañan a sus hijos, que piden, lloran y luchan por ellos. Hacerse ver, es la primera condición del sujeto emergente. En este sentido, como plantea John Holloway, lo primero es la negación[19]. Las Madres e HIJOS niegan el silencio y el olvido. El

[18] Utilizo el término comunidad en un sentido general, para describir un grupo social, o multitudes arraigadas en un territorio. A diferencia de las asociaciones, que presentan una estructura con cuadros dirigentes permanentes, las comunidades tienen estructuras débiles o no las tienen y sus dirigentes, cuando existen, no son permanentes.

[19] John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder,* Buenos Aires, Herramienta, 2002.

sistema quiere que no estén, y están. La negación es el primer paso para poder ser.

Lo anterior no quiere decir que la afirmación de esas señas de identidad los convierta, necesariamente y para siempre, en portadores de una identidad única, excluyente e inalterable, de carácter esencialista. La identidad suele jugar un papel importante en la formación de los movimientos sociales. Así sucedió en los orígenes del movimiento obrero y de los movimientos nacionales y durante las primeras fases de los nuevos movimientos, en particular los de mujeres y étnicos. Estos movimientos partieron de la recuperación positiva de las diferencias asignadas como identidad y que eran objeto de exclusión, como forma de destacar las cosas en común con otros excluidos así como de revertir las imágenes negativas de su condición. Pero las identidades son también prisiones: formas de control que limitan las posibilidades de elegir[20]. Todos los seres humanos vivimos varias opresiones que podrían promover la construcción de identidades múltiples. En todo caso, la defensa de una identidad común o única, supone jerarquizar una opresión, apuesta a la homogeneidad social y contribuye a legitimar el sistema de control estatal.

Las formas de lucha autoafirmativas tienen una característica adicional. Los sujetos ponen el cuerpo. Nadie se esconde porque la autoafirmación sólo tiene sentido diciendo "aquí estoy, y qué".

Es la versión más profunda y satisfactoria del juego. Digamos que el juego responde a una doble vertiente: por un lado, en el sentido de crear, por el otro, en cuanto a jugarse. Sólo en el juego "pueden el niño y el adulto crear y usar toda su personalidad, y el individuo descubre su persona sólo cuando se muestra creador"[21]. Esto explica la alegría contagiosa de los nuevos sujetos y, sobre todo, la estrecha vinculación entre el juego y el jugarse. Jugarse es poner todo su ser por delante, en todos los aspectos. Está jugado el que se enfrenta cara a cara al represor, pero también la que dice "soy lesbiana"; ponen el cuerpo, dan la cara, y luego ya no pueden dar marcha atrás.

He estado observando con detenimiento algunas fotos del Cordobazo. En los enfrentamientos aparecen obreros jóvenes y estudiantes a pedradas contra policías armados. Las caras alegres, sonrisas de satisfacción, pese al momento de extrema tensión y al peligro inminente. Es la alegría de vivir que da el juego-jugarse.

Ahora bien, no cualquiera puede jugarse. Y no me refiero tanto a la cuestión llamada ideológica, que me parece poco importante. Para jugarse hay que vincular el deseo a la realidad y formar parte de un

[20] Yuderkys Espinosa, “¿Hasta dónde nos sirven las identidades?”, 1999, www.creatividadfeminista.org. La autora, feminista, sostiene que “la identidad nunca es el fin sino el principio de la autoconciencia” y asegura que “el sistema de construcción binario de identidades ha operado (…) en detrimento de la necesidad de búsqueda y construcción de subjetividades distintas, múltiples”.

[21] Winicott, D.W., *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1993, p. 80.

colectivo que le otorgue sentido al riesgo. Así como no existe el juego individual, el jugarse no está desligado del grupo, del sentimiento grupal. A ese sentimiento responde la gratuidad del jugarse. Y la alegría. Sin cálculo, sin discurso. Y como cada uno y cada una pone el cuerpo, no hay delegación ni representación. En los colectivos que practican formas de lucha autoafirmativas, las más creativas de todas, nadie representa a nadie, cada uno acude por sí mismo. Una Madre o un miembro de HIJOS, un asambleísta o un piquetero, no son representables, es una condición que no se puede delegar. No van unos a la plaza en representación de otros. Cada cual se representa a sí mismo porque, no olvidemos, sólo se puede representar al ausente.

Entonces, estos métodos de lucha serán buenos si sirven para decir quién soy, para expresar una identidad. Pero una identidad, o identidades múltiples, no son negociables. De ahí la radicalidad de esta forma de lucha que es también una forma de expresión. Por eso los escraches son fiestas, porque expresan el ser juvenil-radical-justiciero que los realiza. Si el escrache sale mejor con murga, es porque la murga o la música y el baile expresan lo que desean y al expresarlo se sienten bien, les da fuerza. En este sentido, los nuevos métodos de lucha no piden, no reclaman, anuncian deseos, sueños, ambiciones, esperanzas. Y, por supuesto, encarnan un desafío, a través del que se expresa la lucha.

Las formas de acción siempre irrumpen de forma no convencional, como una disrupción que lleva en sí misma la amenaza o la posibilidad de violencia[22]. Esto provoca incertidumbre, des-coloca. Es lo que sucedió con Madres. Se trata de métodos no violentos pero que suponen una confrontación real. En este sentido **la acción directa no violenta**, surgida en el Tercer Mundo, se convirtió pronto en una forma de acción adoptada masivamente por los nuevos movimientos sociales de los sesenta y setenta. Tiene tres condiciones básicas que garantizan el éxito de un método de lucha novedoso: desafía a las autoridades, fomenta la solidaridad y crea incertidumbre, sin incurrir en los riesgos de la violencia ni en la rutina de los métodos tradicionales. En este punto, vale la pena destacar que la llamada disrupción (ocupación de un espacio, de un edificio público, cortar una ruta o hacer un escrache) es más útil para el movimiento que la violencia directa, y es la principal fuente de innovación de las luchas sociales.

Estamos pues ante métodos que implican un desafío, que lo llevan al límite sin traspasarlo, salvo que la represión se encargue de ello. Ese delicado equilibrio entre desafío y no violencia, le otorga a los métodos nuevos una gran legitimidad incluso ante sectores que en principio no ven con simpatía la protesta. En segundo lugar, la capacidad de generar solidaridad interna en el sector social activo, algo evidente

[22] El término inglés *disrupt* (de difícil traducción) parece adecuado para describir algunas de las nuevas formas de lucha: desorganizar, interrumpir, desbaratar, pero también lo que rompe la unidad, lo subversivo. Sidney Tarrow, ob. cit., p. 191 y ss.

en los cortes de ruta, es un rasgo fundamental para la difusión y generalización de una forma de lucha. Algo así sucedió hace más de un siglo con la huelga.

Por último, la capacidad de generar incertidumbre, en parte por la novedad del método, en parte por tratarse de un desafío en el límite, no sólo desconcierta a las autoridades sino que tiene una enorme capacidad de atracción y de convocatoria. La incertidumbre es una aliada del movimiento social innovador y de los sujetos emergentes que buscan, y necesitan, salirse de los métodos rutinarios que los marginan y constriñen. La incertidumbre es parte de la creatividad colectiva o, mejor dicho, facilita esa creatividad. Formas de acción que, como los que las llevan adelante, surgen siempre en los márgenes de lo establecido.